

la casa Mestrich y C.^a, en Zaragoza, y en dicha ciudad trabé amistad, que más tarde se convirtió en íntima, con un joven llamado Alberto Gregor, al cual noté desde el primer día, un carácter verdaderamente extraño y excepcional, pero no obstante, Alberto era un buen chico, de noble corazón y de instrucción esmerada.

Me junté, siendo amigo de Alberto, con los amigos que él tenía, los cuales fueranlo míos y lo son actualmente, teniendo su amistad en gran estima.

Yendo juntos bromeábamos todos, y hablábamos de las chicas zaragozanas que, *temporalmente*, eran las dueñas de nuestros corazones, pues hay que tener presente que cambiábamos de novia como de camisa.

Entre ellas se distinguía, por su modo de ser y por las novelescas circunstancias que caracterizaban su vida, una chica de unos 18 años, llamada Aurea, que si bien no era guapa, no por esto se la podía considerar como fea.

Aurea vivía en compañía de un modesto matrimonio sin hijos, y no se la conocían padres. Según se decía, y que aún considero como cierto, Aurea era hija de un señor que la visitaba de muy tarde en tarde en su casa, y que se daba el título de *tío* de Aurea, pero que nosotros cambiábamos por el de *padre*, cuyo señor, grueso y antipático á primera vista, pasaba á la familia con que Aurea habitaba una pensión, ignoro si modesta ó espléndida.

Estas circunstancias, y otras que me callo para no molestaros, demostrando del modo que la recogió aquella familia, hacían que yo considerase á Aurea como á una chica interesante, héroe de novela, ó cosa así.

III

Un día notamos que las visitas del señor grueso—como le llamábamos—escasaron, y al cabo de algún tiempo notamos con extrañeza que Aurea llevaba luto.

Estando reunidos una tarde en el Casino todos los amigos, uno de ellos, gacetillero de un diario zaragozano, nos dijo:

—Y va una noticia que no os esperábais.

—¿Qué es?—preguntamos.

—Que el *padre* de Aurea ha muerto.

Todos quedamos extrañados de ello, aunque ya lo presumíamos. Solo Alberto Gregor alzóse repentinamente y dijo:

—Esto es imposible. Yo le he visto esta mañana que iba con Aurea.

—Permitame que te diga—contestó el gace-

tillero—que vas equivocado. El *padre* de Aurea hace una semana que murió.

—¿Pero cuántos padres tiene Aurea?—preguntó algo amostazado Alberto.

—Uno, y es el que pasaba por tío de ella.

Alberto nos miró con ojos extraviados. Nos dijo muy abatido:

—O yo me he vuelto loco ó os estais burlando de mí. Juro que esta mañana he visto á Aurea con Máximo Miguel, el carpintero, el padre de la chica.

—¡Aleluya!—contestó el periodista—Haberlo dicho antes. El padre de Aurea, mi buen Alberto, no es Miguel el carpintero, el padre de Aurea es aquel señor grueso que...

Y tuvimos entre todos que explicar á Alberto quién era el padre, y del modo novelesco conque se presentaba la vida de la chica.

¡Alberto ignorábalo todo!

IV

Desde aquel día Alberto estuvo preocupado, notándose en él un algo anormal é incomprendible. Ya he dicho que tenía un carácter original.

Cierto día nos dijo:

—Daría cuanto tengo para conocer una por una las circunstancias que se han precedido y los acontecimientos originados en la vida de Aurea.

—Esto es fácil—dije yo en broma.

—¿Cómo?...—preguntóme Alberto con interés.

—Pues casándote con la chica. Seguramente que la familia con que ella habita, está autorizada para contar la historia de Aurea al que sea su marido.

Mis amigos celebraron la ocurrencia.

Solamente Alberto dijo pensativo:

—¿Sabes que no dices nada inverosímil?...

Y se alejó de nosotros cabizbajo.

V

—Y ahora—continuó diciéndonos Armando Ravil apurando su taza de moka—debo deciros que Alberto, por sólo conocer en sus detalles más nimios la vida de Aurea y sus padres, se casó con ella al cabo de pocos meses. ¿No reconocéis en Alberto una gran fuerza de voluntad en arrostrar la felicidad de toda su vida por satisfacer una mera curiosidad?

—No—contestó uno de los amigos.—Lo que reconozco en Alberto es á un ser semi-loco y extraño.